



Revue

HISTOIRE(S) de l'Amérique latine

Volume 1 – 2005

Dossier : Types et emblèmes de l'identité dans les discours
sur la nation en Amérique latine – XIXe et XXe siècles

*El campesino costarricense en las novelas de la primera mitad del
siglo XX: la recuperación de un tipo nacional*

Mariannick Guennec

www.hisal.org | 15-12-2005
URI: <http://www.hisal.org/viewarticle.php?id=29>

El campesino costarricense en las novelas de la primera mitad del siglo XX : la recuperación de un tipo nacional

Mariannick Guennec*

Estallan en Costa Rica varias polémicas al final del siglo XIX y al principio del XX para definir las normas de la literatura costarricense llamada "nacional", en particular acerca del lugar de la acción, de la elección de los personajes, de las particularidades del idioma, según el modelo castellano o con las peculiaridades costarricenses¹. Así se discute por ejemplo si el Teatro Nacional tiene que inaugurarse con una tropa española, mientras que gana *A París* de Gagini en los Juegos Florales de 1909 frente a *La propia* de González Zeledón, novela corta con ámbito costarricense. En esas condiciones, el hecho de describir el mundo agrícola costarricense, en vez de la burguesía local o europea, da cuenta de una toma de posición en la construcción y la valorización de especificidades nacionales, tanto más cuanto que se consideran mal conocidas.

Porque bien se trata, en esa época, de construir una identidad nacional, identifiable y aceptable por todos, después de una primera etapa en que correspondió al poder político, y en particular al presidente de la República, Juan Rafael Mora Porras, suscitar un sentimiento nacional, lo que hizo con ocasión de la invasión de los filibusteros desde Nicaragua bajo la

* ADICORE – Université de Bretagne-Sud. Mariannick.Guennec@univ-ubs.fr

¹ La polémica viene resumida por Ovares y Rojas. Flora OVARES, Margarita ROJAS, *100 años de literatura costarricense*, San José, Ediciones Farben, 1995, pp. 33-34:

Los escritores estaban conscientes de que la práctica literaria en el país era incipiente y que, precisamente por esto, se hacía necesario establecer las normas, es decir, acordar cómo y sobre qué se debía escribir. Los nacionalistas postulaban una literatura que fuera la representación de la realidad perceptible. Planteaban que la fuente inspiradora del arte tenía que ser lo costarricense, lo autóctono, sobre todo porque consideraban que había una gran ignorancia sobre el propio entorno y la propia historia y que faltaba un mayor estudio de lo nacional. De aquí la necesidad de que los criterios de valor artístico fueran la pintura de lo costarricense, la descripción fotográfica de lo campestre y la copia de la lengua popular. Los modernistas, por su parte, defendían la libertad de creación del artista individual y creían en la idea de que el arte sólo se podría construir a partir del arte y no de objetos de la "realidad" circundante. Para ellos lo principal era la cultura, los conocimientos y el oficio del artista, todos valores universales. Frente a la obligación de reflejar el contexto restringido de lo local, destacaban sobre todo el valor estético, entendido como belleza, refinamiento y elaboración de un lenguaje artístico. Para los nacionalistas, que defendían los valores de la espontaneidad y la naturalidad, esos eran signos de rebuscamiento, afectación, academicismo e imitación de valores europeos.

Las autoras plantean una serie de preguntas p. 13. Ver también *Ibid.*, pp. 112-113, p. 114.

dirección de William Walker, en 1856². Es el momento además en que aparece un héroe nacional, el único desde entonces: Juan Santamaría, considerado como el arquetipo del campesino costarricense, obligado a tomar las armas, y que sacrifica su vida para defender su patria frente a un enemigo extranjero. De hecho, tal enfrentamiento está al origen del primer surgimiento de un deseo de defender el territorio nacional, dado que la independencia no necesitó el menor combate, pero también de definir la sociedad como blanca, patriarcal, agrícola, pacífica y laboriosa³.

Esa representación viene sostenida por los artículos que se publican en los periódicos, y pensamos en particular en los de Pío Víquez, que elabora entonces verdaderos estereotipos, término entendido en el sentido definido por Leyens y Corneille de "conjunto de creencias compartidas y que se relacionan con rasgos de personalidad, actitudes y comportamientos de miembros de un grupo social determinado"⁴. Estos estereotipos vienen repetidos por los autores de cuentos, de cuadros de costumbres, de crónicas, con el mismo contenido que el ofrecido por Mora en 1856⁵.

² William Walker, filibustero norteamericano, quería unir los países centroamericanos. En Costa Rica, dio lugar a una batalla decisiva, la de Santa Rosa, en la provincia de Guanacaste, en la que se ilustró Juan Santamaría, campesino mestizo. Éste murió en el combate después de hacer creer que estaba dirigiendo una ofensiva con numerosos soldados.

³ Ver en particular el análisis realizado por María Elena CARBALLO, Flora OVARES, Margarita ROJAS, Carlos SANTANDER, *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1993, p. 40:

En otros textos de Mora se insiste en que los nacionales encarnan estas virtudes incluso durante la guerra: son pacíficos, trabajadores, amantes del orden y la armonía. Estaban antes del conflicto en las "pacíficas montañas" dedicados a "nobles faenas" y su "laboriosa perseverancia" era garantía de riqueza y felicidad. El hecho circunstancial de la guerra no cambiaría una existencia que se organiza, bajo la tutela de la ley, en el seno de una gran familia.

Es que la independencia frente a la Corona española se conoce en octubre de 1821, un mes después de proclamarse en la ciudad de Guatemala, sin que haya suscitado el menor combate en lo que se vuelve Costa Rica.

⁴ Jean-Jacques LEYENS, Olivier CORNEILLE, "Perspectives psychosociales sur les stéréotypes" in Christian GARAUD, *Sont-ils bons ? Sont-ils méchants ? Usages des stéréotypes*, Paris, Éditions Champion, 2001, p. 15. Acerca de Pío Víquez, ver María Elena CARBALLO, Flora OVARES, Margarita ROJAS, Carlos SANTANDER, *op. cit.*, p. 114:

En los diez años de su ejercicio periodístico Pío Víquez condensa, tal vez más que ningún otro escritor de la época, los mitos del costarricense: blanco, igualitario, democrático y trabajador. Se cuelan también en su escritura los mitos machistas, los racistas y el del extranjero bienhechor.

⁵ Flora OVARES, Margarita ROJAS, *op. cit.*, p. 19:

Los elementos raciales ocupan un lugar central en su pensamiento [de Pío Víquez] al tratar de definir las características del costarricense: éste es, a su entender, blanco, igualitario, democrático y trabajador, de modo que en los escritos de Víquez se imagina y construye una idea, un estereotipo del ser costarricense que deja de lado una buena parte de la población.

Nos parece entonces interesante ver cómo el mundo agrícola se describe desde la publicación de la primera novela, *El Moto*, en 1900, hasta el final de los años 40, caracterizados por la interrogación por parte de escritores de izquierdas de los estereotipos elaborados por el modelo oligárquico. Con tal objetivo focalizaremos nuestro estudio en los que trabajan la tierra, por oposición con el gran propietario que sólo viene a pasar la estación seca con su familia, de vacaciones o para vigilar las cosechas, y que deja la dirección de su propiedad a un mandador. Tampoco nos consagraremos a las novelas antiimperialistas en que el propietario es una compañía norteamericana. En cuanto al soporte, no analizaremos los numerosos cuadros de costumbres, cuentos, novelas cortas, poemas, crónicas o artículos que tratan el tema, para concentrarnos en las novelas, con el fin de obtener un corpus coherente⁶. Así veremos en una primera parte en qué se nota la voluntad de crear o reelaborar un estereotipo. Nos centraremos luego en los valores asociados con los campesinos así como en la forma de proporcionarlos. Y terminaremos con el propósito ideológico que se desprende de tal representación, puesto que siempre se piensa en un modelo "real", predeterminado, para aceptarlo o rechazarlo, a lo largo de la primera mitad del siglo XX⁷.

⁶ Entre estos documentos que no vamos a estudiar aunque participan de la elaboración de una identidad nacional y, para varios, participan en la polémica acerca de la definición de la literatura nacional, podemos citar (ponemos entre paréntesis la fecha de la primera publicación, que determina el orden en que aparecen las referencias, así como el tipo de texto): Carlos GAGINI, *Don Concepción*, San José, Editorial Guayacán Centroamericana, 1994 (1902), 70 p. (obra de teatro). Aquileo J. ECHEVERRÍA, *Concherías*, San José, Editorial Costa Rica, 1977 (1905), 142 p. (romances). José MARÍN CAÑAS, *Los bigardos del ron*, San José, Editorial Costa Rica, 1978 (1925-1929), 121 p. (crónicas, novelas cortas, publicadas primero en la prensa). Gonzalo CHACÓN TREJOS, *Tradiciones costarricenses*, San José, Editorial Costa Rica, 1990 (1935), 144 p. (novelas cortas). Carlos Luis FALLAS, *Mamita Yunai*, San José, Editorial Costa Rica, 1986 (1941), 211 p. (novela antiimperialista). *Id.*, *Gentes y gentecillas*, San José, Editorial Costa Rica, 1984 (1942), 485 p. (novela antiimperialista). Para el análisis de los artículos, ver en particular el comentario de las crónicas de Máximo Soto Hall reunidas en *Un vistazo sobre Costa Rica en el siglo XIX* (1901) en María Elena CARBALLO, Flora OVARES, Margarita ROJAS, Carlos SANTANDER, *op. cit.*, p. 45:

Las imágenes, fijadas en las proclamas, de un pueblo pacífico y campesino obligado a la guerra en defensa del país, reaparecen en los artículos de Soto, en las que se resalta el heroísmo, la fe y el coraje de los patriotas.

⁷ María Elena CARBALLO, Flora OVARES, Margarita ROJAS, Carlos SANTANDER, *op. cit.*, pp. 228-231:

Se trata de nuevo de adecuar la obra a una imagen previa del país, imagen cuyo sentido armónico y cuyo sabor idílico varían o se niegan de acuerdo con el compromiso ideológico del crítico. La crítica más conservadora se empeña en filtrar los elementos fastidiosos mientras que otros destacan el valor de verdad de estos textos. Así, pese a las diferencias de la crítica, el reclamo realista se mantiene constante. Se trata siempre de exigir a la obra una adecuación con un mundo previo, externo a ella y del cual debe dar cuenta cabal.

Lo que llama la atención cuando se leen las novelas de la primera mitad del siglo XX, es la voluntad de presentar un tipo, el del agricultor. Por un lado, el mismo término de "tipo" aparece en el discurso del narrador. Luego, se recurre a las generalizaciones cuando se describe un personaje, tanto más fácilmente cuanto que se limitan los elementos particularizantes. Vamos a analizar pues unos cuantos ejemplos.

En el caso de García Monge, encontramos frases como "modelo del campesino" en *El Moto*, de 1900, "prototipo de honradez", "una fisonomía muy característica de las poblaciones chicas" o "reflejo fiel de la miseria campesina" en *Hijas del campo*, de 1900 también. En la novela de Claudio González Rucavado, *El hijo de un gamonal*, de 1901, se nos presenta un "ejemplar completo de sus compañeras" para una campesina. Carlos Gagini nos habla de "ejemplar magnífico de la raza sajona" y de "tipo más acabado del antiguo caballero costarricense" en *El Árbol enfermo*, de 1918. En cuanto a Abelardo Bonilla, narrativiza en 1944 el análisis del protagonista de *El Valle Nublado*, Fernando, que habla de "grupos típicos", cuya presentación va desarrollando luego, así como la opinión de éste frente a su tío, don Manuel, en estos términos:

Don Manuel -por su ideología, por su temperamento y hasta por su figura alta, delgada y severa- constituía para Fernando la representación de una época⁸ [...].

Esta cita da cuenta de la tendencia a considerar los personajes como representativos de una clase social, dentro de un proceso generalizante que va del singular para referirse a la categoría hasta el plural globalizante. De modo que García Monge habla de "los labriegos" y "las campesinas" a la vez que del "padre cariñoso", "la gente campesina", "la clase baja" y "el pueblo"; Gagini de "los ticos" y del "pueblo costarricense"; Bonilla de "los campesinos", "los trabajadores", "los peones", como sinónimos indefinidos; Dobles de "los parásitos" para designar a los que invaden los terrenos del latifundista en *El Sitio de las abras* (1950), novela premiada en 1947⁹. Al

⁸ Joaquín GARCÍA MONGE, *El Moto*, in *Obras escogidas*, San José, Editorial Universitaria Centroamericana EDUCA, 1974, p. 428. *Id.*, *Hijas del campo*, in *Obras escogidas*, op. cit., p. 452, p. 454, p. 486. Claudio GONZÁLEZ RUCAVADO, *El hijo de un gamonal*, San José, Editorial Costa Rica, 1979, p. 63. Abelardo Carlos GAGINI, *El Árbol enfermo*, San José, Ediciones Guayacán, 1989, p. 18, p. 23. BONILLA, *El Valle nublado*, San José, Trejos hermanos, 1944, p. 241, p. 56. Subrayamos nosotros.

⁹ Joaquín GARCÍA MONGE, *El Moto*, op. cit., p. 402, *id.*, *Hijas del campo*, op. cit., p. 483, p. 466, p. 472, p. 506. Carlos GAGINI, *El Árbol enfermo*, op. cit., p. 27, p. 36. Abelardo BONILLA, op. cit., p. 169. Fabián DOBLES, *El Sitio de las abras*, San José, Editorial Costa Rica, 1989, p. 160, p. 162, p. 165, p. 167, p. 188. Otros elementos participan de la generalización, que no desarrollamos aquí. Se puede citar acerca de *Hijas del campo* María Elena CARBALLO, Flora OVARES, Margarita ROJAS, Carlos SANTANDER, op. cit., p. 89:

La constante interpretación de la historia, la valoración permanente y el didactismo llevan a generalizar lo particular ya que los rasgos individuales se transforman en postulados

contrario, Max Jiménez se opone a los estereotipos habitualmente asociados con los campesinos, para crear un nuevo tipo:

No se trata del campesino que ama la tierra y que al morir se une a su madre la tierra. Se trata de un hombre blanco que no se ha integrado¹⁰.

Estas designaciones suelen tener como meta sistematizar el discurso acerca de un personaje o de un grupo de personajes, para elaborar un tipo, idéntico o diferente al propuesto por el discurso oficial decimonónico conocido del lector costarricense. Para facilitar tal proceso, se suelen limitar en extremo las descripciones físicas. Sin embargo, se nota una evolución en las caracterizaciones, visible en la novela de Max Jiménez, y que toma varias formas.

Antes que nada, los autores citados hasta ahora prestan una gran importancia a los valores morales asociados con el tipo del campesino. Si tomamos como punto de partida el definido por Mora Porras y desarrollado en los discursos decimonónicos, o sea un costarricense igualitario, democrático, pacífico y trabajador, podemos ver cómo los novelistas recuperan y transforman este estereotipo, sin citarlo explícitamente.

Los valores positivos presentes en la primera definición del tipo del campesino costarricense, o "concho", se vuelven a encontrar a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Desde luego, se describe la importancia de las relaciones familiares y amistosas, el respeto a la figura del patriarca, el carácter pacífico y conservador de los campesinos, el valor del trabajo, tanto en la primera novela costarricense, *El Moto* (1900), como en la última estudiada dentro de la cronología fijada, *El Sitio de las abras* (1950). Para dar nada más que un ejemplo, se puede citar este extracto:

Apenas, hacia el borde, por el lado de los hombres, podía visitarse una finca y comer pan bajo un techo: el de ñor Rosa Vargas, que había comprado hacía algunos años una naciente hacienda y ya contaba con varios centenares de hectáreas empastadas y un buen hato de ganado¹¹.

Aquí se encuentran la abundancia asociada con el respeto a la propiedad, la riqueza justificada por el trabajo, la solidaridad entre los habitantes del valle. Otros

abstractos y generales, como se señala en el estudio citado de Mora, quien ve en ese rasgo, propio de ciertas novelas de tesis, una especie de mecanismo reductor.

¹⁰ Max JIMÉNEZ, *El Jaúl*, San José, Editorial Costa Rica, 1984, p. 27.

¹¹ Fabián DOBLES, *op. cit.* , p. 8. Vuelve la idea en *id.*, *Ese que llaman pueblo*, San José, Editorial Costa Rica, 1984, pp. 68-69. Hasta Jiménez, a pesar de lo negativo de su descripción de los campesinos, valoriza el trabajo de éstos. Max JIMÉNEZ, *op. cit.* , p. 76, p. 77, p. 114. Es también el trabajo lo que llama la atención del narrador de *El hijo de un gamonal*. Claudio GONZÁLEZ RUCAVADO, *op. cit.* , p. 31.

pasajes de los primeros capítulos de la novela insisten en las relaciones entre los colonos, tanto por los matrimonios como por el trabajo con una especialización de cada uno que beneficia a todos, en una sociedad católica que se presenta como una familia alrededor del patriarca, protagonista de la primera parte y con nombre simbólico, Espíritu Santo Vega.

Sin embargo, tal pintura se asocia con el pasado, en una perspectiva diacrónica que sugiere o presenta luego un presente diferente del pasado narrado, con tendencias a veces míticas¹². De allí unas descripciones como la de la abundancia en García Monge:

Nada desamparados anduvieron, por cierto, nuestros abuelos: los maizales y frijolares se iban arriba con un vicio que hoy se pagaría por verlo -como dicen añejos restos de aquellas generaciones-; los ganados se criaban retozones en los potreros y anualmente las trojes se llenaban de bote en bote¹³.

La generalización se asocia con una época ya desaparecida, que sobreentiende momentos más difíciles. Sin embargo, a pesar de lo que podría sugerir esta frase extracta del principio de la novela, el autor no se propone establecer una descripción idílica y fija del mundo rural, ni mucho menos. Para dar cuenta de los aspectos problemáticos, recurre a diferentes oposiciones.

Una de las oposiciones establecidas surge entre las diferentes clases sociales. Se nota antes que nada en el menoscenso de la clase acomodada frente a los más pobres. Cuando Melico, el hijo de la propietaria, anuncia al mandador que va a pasar

¹² Se desarrolla este tema en María Elena CARBALLO, Flora OVARES, Margarita ROJAS, Carlos SANTANDER, *op. cit.*, p. 231:

En esta novela [*El Sitio de las abras*], sin embargo, la colonización de la nueva tierra consiste en proporcionarle los rasgos ancestrales y morales de la tierra de origen, construir la utopía que se sitúa en los inicios legendarios de la nacionalidad. El esfuerzo de los pioneros consistirá en recrear ese tiempo inicial y reconstruir la Arcadia perdida. El pasado idílico, que aquí también se sitúa en las décadas doradas de 1850 y 1860, sirve de modelo mítico a los colonos, que nunca perdieron la memoria de aquellos tiempos mejores.

La visión del valle es la de un lugar idílico pero sin retos, por lo que su carácter de conquistable vuelve atractivo el nuevo territorio. [...] Pero, a la vez, la naturaleza es el espacio para una arcádica imbricación entre el hombre y la naturaleza, presente en ambas novelas, aunque más claramente en *Juan Varela*.

¹³ Joaquín GARCÍA MONGE, *El Moto*, *op. cit.*, p. 401. Nos parece entonces demasiado generalizante el análisis de Ovares y Rojas, que sí se puede aplicar al *Moto*, si se pasa por alto las críticas sobreentendidas del narrador, pero no a *Hijas del campo*, donde las fracturas son más que visibles. Flora OVARES, Margarita ROJAS, *op. cit.*, p. 68:

La literatura de principio de siglo tenía una visión del país que se concentraba en el Valle Central, lo imaginaba como un espacio idílico y pacífico, habitado por una comunidad de laboriosos propietarios. Este mundo era armónico y cerrado, "todos éramos iguales", y, por esto, expulsaba de sí cualquier elemento perturbador, negaba o neutralizaba los elementos extraños y conflictivos. Sin embargo, en la misma literatura, este mundo idílico se empezó a percibir cada vez con más nostalgia y la imagen utópica comenzó a fracturarse.

una temporada en la hacienda con su familia, en *Hijas del campo* (1900), se establece un rápido diálogo entre los dos:

-Sí; pero yo no sería capaz de hacer lo mismo con mis deudores. Me duelen tanto esas gentes que nunca podría echarlas fuera de su hogar.

-¡Pa que así pensaran todos! Usted tiene el mismo corazón de su papacito, que en paz descanse.

-Por otra parte; ¿quién me cuidaría las nuevas fincas que yo adquiriese? Con dificultad hallaría un mandador, tan excelente como usted¹⁴.

Si Melico trata de diferenciarse de los demás latifundistas por su actitud frente a los empleados, a quienes no echa de sus casas a pesar de las deudas e hipotecas, no puede ir más allá de una relación mercantil; el mandador habla al contrario de valores morales¹⁵. Aquél comparte desde luego esta actitud con su madre y sus compañeros, lo que generaliza a la oligarquía la voluntad jerarquizante, basada en el dinero¹⁶. Ya no hay un estereotipo único del costarricense, sino varios que se oponen, económica y

¹⁴ Joaquín GARCÍA MONGE, *El Moto*, op. cit., pp. 452-453.

¹⁵ Al contrario, uno de los protagonistas de *El Árbol enfermo*, don Rafael, latifundista, se niega a tomar en cuenta los aspectos económicos para interesarse nada más que en los morales. Carlos GAGINI, *El Árbol enfermo*, op. cit., p. 36:

-La verdad es -dijo después de una pausa don Rafael- que el pueblo costarricense ha perdido muchas de sus antiguas virtudes: antes había respeto a la propiedad ajena, se confiaban a los arrieros sumas considerables que llegaban a su destino sin faltar un centavo, y los vagos eran mirados como criminales; en cambio, ahora es un problema encontrar un peón honrado; los robos y asesinatos se multiplican de manera alarmante, los desocupados pululan por las calles mientras los campos permanecen incultos, la miseria es general, el número de ebrios y mujeres perdidas es espantoso.

Acerca de la intervención del mercantilismo en *Hijas del campo*, hay que referirse a Álvaro QUESADA SOTO, *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque histórico social*, San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1986, p. 257:

La primera parte muestra el proceso incipiente de penetración de las relaciones mercantiles en la vida rural, la lenta descomposición o desaparición de las relaciones familiares-patriarcales, hasta terminar con la expulsión de Piedad y Casilda, convertidas en sirvientas a sueldo, y más tarde de Nieves, convertido en policía urbano y buitre de cuartel. Así, el idilio patriarcal del campesino era ya, desde el inicio de la novela, un idilio precario y amenazado.

¹⁶ Es revelador el análisis narrativizado de un holandés empleado en la hacienda acerca de las relaciones entre Casilda, una campesina, y Melico; Joaquín GARCÍA MONGE, *El Moto*, op. cit., p. 479:

Varias veces vio a ésta, recibiendo del señorito, una, dos, tres pesetas, como justa recompensa de sus sonrisas amables. Y no dijo nada; en el trecho de vida que contaba, había aprendido lo necesario, para distinguir que con riquezas él haría lo mismo. Disculpaba a Casilda, porque ésta era pobre, y el dinero servíale de mucho; sabía que en este mundo por la plata bailan todos. Y en Costa Rica, más que en cualquiera parte: uno de sus males salientes, es el mercantilismo abyecto en las cosas sociales y políticas, así en las clases bajas, como en las encumbradas.

Para la actitud de la madre, *Ibid.*, p. 458. La misma oposición se encuentra entre Soledad, descrito primero cuando cuenta el dinero acumulado, antes de mostrar su autoridad frente a su mujer, que lo teme, y José Blas, apodado el Moto, joven, pobre, cuya madre vivía de los rezos y de la solidaridad campesina. *Id.*, *El Moto*, op. cit., p. 404, p. 405, p. 410.

culturalmente, con tendencia a valorizar el que sigue trabajando la tierra. No obstante, la actitud del narrador es ambigua, y la actitud del empleado se relaciona a menudo con virtudes pasadas.

Otra forma de oponer los valores en uso se basa en efecto en aspectos espacio-temporales. Con cierta ironía, el narrador del *Moto* (1900) se exclama "¡Así eran aquellos benditos tiempos y costumbres¹⁷!", mientras que tanto el narrador del *Sitio de las abras* (1950) como el protagonista de la segunda parte de la novela, Martín Villalta, echan de menos la época en que cada uno trabajaba en su propia finca. Pero en *Hijas del campo* (1900) de García Monge, *El hijo de un gamonal* (1901) de González Rucavado y *El Valle nublado* (1944) de Bonilla, más que diacrónica, la oposición se hace entre el campo y la ciudad, a favor de aquél. En los primeros dos, la capital es así sinónima de perversión sistemática. Las campesinas que salen de su pueblo temporal o duraderamente vuelven corruptas, si es que regresan a su pueblo. Cuando la abuela de Casilda aprende que su nieta va a ser contratada por la propietaria de la finca en la capital, se exclama: "-¡Qué espinilla, hijó! Las muchachas en San José, paran en callejeras¹⁸." La responsabilidad la tienen en parte los más ricos, según lo que se desprende del monólogo de Melico cuando decide abandonar a Casilda, después de haberla violado e instalado en un piso, haciéndola durante unos meses su amante:

-No, mejor la abandono: ya queda instalada. Ahora que comercie con sus formas. Hice la tontería y no puedo remediarla. Me gusta y es una belleza, pero la desigualdad social... esta injusticia estúpida, me impide hacer un heroísmo, del cual soy muy incapaz. Lo veo. Me consuela una cosa, y es que la acción mía es muy practicada en el país. Además, Tijo, el zorro aquel, ha violado cuatro mujeres, les ha vuelto las espaldas y se queda tan fresco. Yo no, ha sido sólo una, la primera; yo me he portado bien, poniéndola en condiciones de hacer mucho en la carrera¹⁹.

De nuevo, nos encontramos con valores mercantiles superiores a los morales, perdidos irremediablemente. Pero la falta de moralidad del personaje pervertidor no es la única explicación a la decadencia. Hay que añadir cierto determinismo, que acerca las novelas de García Monge al naturalismo europeo: Casilda era oriunda de una familia nacida de la violación de la madre por un policía, antes de que ésta tuviera hijos de diferentes concubinos. Además Casilda ya se dejaba corromper en el campo por Melico,

¹⁷ Joaquín GARCÍA MONGE, *El Moto*, op. cit. , p. 436. Si hablamos de ironía es que, al contrario de lo que podría deducirse de esta frase, el autor problematiza la sumisión que impera en la sociedad patriarcal, responsable de que la novia del protagonista se case con un rico hacendado, viejo, sin rechinar. Se puede relacionar con la reflexión ya citada de don Rafael en *El Árbol enfermo*, ya citada.

¹⁸ Joaquín GARCÍA MONGE, *Hijas del campo*, op. cit. , p. 491. La misma idea vuelve p. 529, y se completa con los hombres que van como policías p. 516.

¹⁹ *Ibid.*, p. 543.

intercambiando unas sonrisas contra unas monedillas, y quería casarse con un josefino porque menospreciaba a los "conchos"²⁰. Hay por otra parte una insistencia en el alcoholismo, sinónimo de decadencia, tanto en García Monge como en Jiménez más tarde²¹. El narrador se complace en reiterar los vicios de los personajes, para denunciarlos, sin que sea imaginable una remisión. Al opuesto, la generación del 40 va a interesarse en los marginales, para mostrar cómo los factores económicos intervienen en su decadencia y hacer que el punto de vista del lector en éstos sea más positivo²².

Si se insiste tanto en la decadencia es que, a pesar de la presentación más positiva del campo que de la ciudad en las primeras novelas analizadas, el narrador adopta una posición ambigua, visible en el idioma empleado. Desde luego, las primeras novelas ilustran las dos formas de hablar que corresponden a una diferencia de estatuto social, como en el diálogo anterior²³. Pero el narrador adopta el idioma de las clases altas, con además la inserción, al final de los textos, de un léxico destinado a "traducir" al castellano las voces costarricenses, para un lector supuestamente extranjero, o sea, europeo. Tal ambigüedad se desprende también del espacio reducido otorgado a los diálogos, hasta a los monólogos interiores, éstos narrativizados, cuando se trata de

²⁰ *Ibid.*, p. 473, p. 479, p. 486. El mismo determinismo se encuentra en *El hijo de un gamonal*, pero con la voluntad de diferenciar las campesinas de las que se volvieron prostitutas. Claudio GONZÁLEZ RUCAVADO, *op. cit.*, p. 63:

-No, insultamos a las nobles hijas del pueblo. Fue campesina; hace mucho que ha borrado su procedencia. ¡Infeliz, era una locuela, una ambiciosa! Vínose un día a la Capital con una señora que veraneaba en su lugarucho y que necesitaba una niñera para su infante. ¡Pero tenía unos colores, un pelo, unos ojos, unos brazos, en fin, un cuerpo...! Y el polizonte de la esquina, el individuo de banda, un subteniente, el señorito de la patrona...! ¡Cuántas bocas para hacerla a la postre comprender que era un tesoro de encantos que no debía encerrarse en casa!

Y viste regular: el rebozo, los perifollos... Quiere respirar aires de gran señora, y su presunción es el cencerro que la señala como ángel caído.

²¹ Joaquín GARCÍA MONGE, *Hijas del campo*, *op. cit.*, pp. 466-467. Max JIMÉNEZ, *op. cit.*, pp. 28-29. Hay que esperar *El Sitio de las abras* para matizar tal opinión, tanto en la época mítica, en que no se asocian comentarios negativos con el alcohol, como en la época más reciente, cuando se explica por la ausencia de motivación, generada ella por el trabajo diferenciado de la posesión, lo que lo acerca de la opinión narrativizada de Fernando en *El Valle nublado* de Bonilla acerca de los obreros de las compañías fruteras extranjeras. Fabián DOBLES, *El Sitio de las abras*, *op. cit.*, p. 28, p. 147. Abelardo BONILLA, *op. cit.*, p. 199.

²² Ver en particular Fabián Dobles, *Ese que llaman pueblo*, *op. cit.*, 298 p.

²³ Se encuentra la misma oposición, con la utilización de bastardillas, en Claudio GONZÁLEZ RUCAVADO, *op. cit.*, p. 45:

Los jornaleros se hablaron por lo bajo, y luego el más desparpajado contestó:

-Sigan Uds. el camino *derechitico*, sin cruzar. Pasan el *riú* del Loro y en la primera callejilla cogen *pa* la derecha; por allí preguntan y les darán razón: está *cerquitica*.

-Gracias. ¿Y tendremos que andar mucho todavía?

-Pos... no, ya le digo, allí no *masitico*- es.

La misma oposición social con la utilización de bastardillas se encuentra en Carlos GAGINI, *op. cit.*, p. 86, p. 88.

campesinos modestos²⁴. O sea que, aunque se valoriza el campo, no se le da acceso a la palabra, mientras que el narrador se distancia de los campesinos por su idioma. Al contrario, autores de la generación del 40, como Dobles o Fallas, no sólo otorgan el protagonismo a campesinos, sino que multiplican los diálogos, insertan en el discurso narrativizado léxico y variaciones fonéticas, gramaticales, específicas a la lengua oral costarricense²⁵. Pues el papel que se otorga a los peones, tanto en la narración como en la historia de muchas novelas, da cuenta de la ideología de los autores, con oposición entre lo que pasa a principios de siglo y lo que hace la generación del 40.

Como ya lo dijimos, los primeros novelistas costarricenses se sitúan frente a un estereotipo del costarricense, implícito, que comentan, transforman, critican. Varios puntos nos parecen fundamentales para ilustrar nuestra opinión: la situación frente al modelo patriarcal, la insistencia en la evolución y la valorización de ciertos aspectos, diferentes de los que llamaron la atención de los primeros escritores.

En cuanto al primer elemento, hay que subrayar la voluntad de poner en tela de juicio modelos anteriores en lo que concierne la construcción de una identidad nacional, lo que pasa por la redefinición de estereotipos literarios. De hecho, nos encontramos con comentarios por parte del narrador como:

La sociedad un tanto patriarcal de aquellas gentes, sujetas las voluntades a la del cura don Yanuario Reyes; por hombres de pro, el señor Alcalde y el no menos respetabilísimo señor cuartelero -el Juez de Paz de antaño con las prerrogativas del Jefe Político de hogaño-; señorón y medio lo era el maestro de escuela don Frutos y no menos encogollados lo fueron, tanto por su posición holgada, cuanto por el temple de carácter, tres o cuatro ricachos campesinos.

Uno de los cuales era don Soledad Guillén²⁶.

Las críticas que se encuentran luego acerca de este último personaje, padrino del Moto y esposo, al final de la novela, de la novia de éste, van pues a relacionarse con el conjunto de la sociedad patriarcal. Ésta se juzga negativamente a causa de su conservatismo, de la hipocresía de algunos, del autoritarismo, de la avaricia. En *El hijo de un gamonal* (1901), aunque el personaje principal valoriza el mundo rural frente a la

²⁴ En *El Árbol enfermo*, rara vez se deja hablar al mandador Fermín, aunque se hace más a menudo referencia a él. *Ibid.*, p. 41:

Llevarían como baquiano a Fermín, el mandador, dueño de un par de perros que, según él,
eran nonis para coger tepezcuintles y cabros de monte.

²⁵ Ver Mariannick GUENNEC, "L'identité costaricienne à travers la langue dans les romans de la première moitié du XX^e siècle", ponencia presentada durante el coloquio « Culture et histoire dans le monde luso-hispanophone », organizado en la Universidad de Nancy los 10 y 11 de diciembre de 2004, por publicar.

²⁶ Joaquín GARCÍA MONGE, *El Moto*, *op. cit.*, p. 402.

ciudad, el narrador recalca también los límites de tal mundo, en que el gamonal aparece como un ser intelectualmente limitado, incapaz de entender a los políticos que sacan provecho de su sencillez²⁷. La oposición entre el padre y su hijo, o el sobrino y su padrino o su tío, en *El Moto* (1900) y *El Valle nublado* (1944), además de las diferentes oposiciones que ya hemos puesto de relieve, permiten dar cuenta pues de los límites de un modelo, a la vez que sacar conclusiones de las evoluciones.

Es que tales evoluciones son múltiples. Se puede tratar, como en García Monge, de una transformación de los valores morales, como ya lo vimos. Otros se interesan en la sicología, como con Fernando en *El Valle nublado* (1944), que describe sus diferentes puntos de vista en relación con la sociedad costarricense, desde la atracción por la capital hasta su instalación definitiva en el campo, el interés creciente por éste, a la vez que tiene relaciones amorosas con una inglesa, una josefina y una campesina. Otro ejemplo llamativo es el de Juan Ramón en *Aguas turbias* (1943), segunda novela publicada por Dobles, que pasa del destilador ilegal aunque pequeño propietario, armador de escándalos, al hijo responsable que cultiva la tierra a pesar de las deudas crecientes y que se interesa por la política como modo de cambiar las cosas²⁸. Es de subrayar desde luego el nombre doble, característico de los personajes bicéfalos de Dobles, con dos nombres, dos estatutos, dos retratos. Es que el estatuto de los protagonistas también evoluciona en las novelas de los años 40. Algunos pasan así, como Juan Varela en la novela epónima, de pequeño propietario a preso, pasando por empleado en un latifundio y destilador ilegal²⁹. Los escritores de la generación del 40 elaboran personajes principales complejos, "dinámicos", "espesos" para emplear la terminología de Ducrot y Todorov³⁰. La meta es en Dobles como en Herrera García y otros autores contemporáneos, criticar la preponderancia del sistema financiero frente al trabajo, lo que provoca la pérdida del título de propiedad.

²⁷ Claudio GONZÁLEZ RUCAVADO, *op. cit.*, pp. 25-26:

Y aquí para nos, lectora simpática, cuentan pillines, muy pillos, que profesan y viven de la baja política, que llamando el Presidente a ñor Pantaleón, aparte, con voz queda, le pidió unos quince pesos prestados, y que cuando volviera a palacio se le extendería un vale con una suma que no le disgustaría. Después se acercaron a la puerta de la calle y dijo al honorable visitante:

-Con que... don Pantaleón, somos muy buenos amigos, eh? Yo deseo tenerlos en gran número en su pueblo. Me comprende Ud.? Así es cómo únicamente puede un gobernante volcar dichoso la urna de sus bondades en el fecundo país que rige.

²⁸ Fabián DOBLES, *Aguas turbias*, San José, Editorial Costa Rica, 1984, pp. 7-8, p. 11, p. 27, p. 204, p. 283, pp. 275-276.

²⁹ Adolfo HERRERA GARCÍA: *Juan Varela*, San José, Editorial Costa Rica, 1994, 88 p.

³⁰ Oswald DUCROT, Tzvetan TODOROV, *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, Paris, Seuil, 1972, p. 289, p. 290.

El campesino, que atraía por sus costumbres pero que seguía en una situación jerarquizada, donde la oligarquía imponía sus valores, se vuelve entonces en los años 40 personaje fundamental de la narración por sus problemas económicos. Como en los cuadros costumbristas, las novelas siguen interesándose en las costumbres, pero es, a nuestro parecer, para comparar los personajes con los estereotipos hasta ahora presentados y mostrar cómo tales costumbres imponen límites a la mejora económica y social. Es así llamativo el caso de Espíritu Santo Vega, en *El Sitio de las abras* (1950): después de representar al patriarca de un mundo idílico, limita las posibilidades de luchar contra el latifundista que conquista poco a poco los terrenos de todos los colonos por su respeto a la propiedad, a los valores morales, por su necesidad de reflexionar mucho antes de actuar, por su pacifismo reivindicado³¹. De forma determinante, esta última novela del período fijado demuestra el final de una época patriarcal y la necesidad de reformas para proteger a los pequeños propietarios y trabajadores agrícolas, en un momento en que el poder, formado de la alianza de la derecha calderonista con los comunistas y la Iglesia de Monseñor Sanabria, intenta promulgar leyes sociales. La novela se vuelve soporte para un discurso político izquierdista, mucho más allá de la insistencia en los valores morales de principios de siglo.

Estudiar las novelas costarricenses de la primera mitad del siglo XX que tratan de los campesinos nos permite entender entonces cómo los estereotipos acerca de éstos evolucionan de forma no tan abrupta como suele decirlo la crítica, sino según la toma en cuenta de elementos diferentes, desde aspectos morales hasta económicos, por medio de la referencia a un pasado idílico, de la construcción de oposiciones entre diferentes personajes o de la evolución, moral, estatutaria o económica de éstos. Nos alejamos entonces del estereotipo único para definir el costarricense, hacia la elaboración de personajes complejos, aparentemente no estereotipados, aunque sí sigue situándose el autor frente a un modelo anterior compartido con el lector, como lo prueban por ejemplo las dificultades para incorporar regiones alejadas del Valle Central y personajes indios, negros o mestizos a partir de los años 40³². La multiplicación de voces, con la

³¹ Fabián DOBLES, *El Sitio de las abras*, op. cit. , pp. 43-44:

El, un labrador de corazón amable, no albergaba más ambición que la de vivir tan holgadamente como se consiguiera, pero sin herir a nadie. Sabía que en el mundo había seres de alma avariciosa, y, sin embargo, se había habituado hasta tal punto a sentirse lejos de la red de ambiciones humanas desde que se internaron allá, que aquel acto atroz lo dejaba con una sensación igual a la de un hombre que al borde de un abismo mira hacia el vacío. No cabía, sencillamente, en su comprensión.

³² Dobles sigue focalizándose en los años 40 en el Valle Central, como a principios de siglo, mientras que Fallas se interesa en Mamita Yunai a la región de Limón, con la aparición de personajes negros e indios, aunque no son personajes principales y su presentación es bastante estereotipada.

que se otorga finalmente a los campesinos, aunque a menudo limitada por un propósito didáctico, autoriza la elaboración de un mundo complejo, evolutivo, amenazado, pero rico en inspiraciones y capacidades estéticas, como lo subrayan algunos personajes³³. El estereotipo del costarricense propuesto por Mora se vuelve un como modelo idílico, definitivamente desaparecido por razones económicas, y que el poder político hubiera tenido que salvaguardar, en vez de menospreciar. A partir de entonces, los autores se van a focalizar más bien en la sicología y los ciudadanos, en una sociedad en que la población urbana va haciéndose mayoritaria. Los estereotipos son pues el reflejo de una evolución social, en relación con el proceso de migración rural y de industrialización.

³³ Ver en particular Abelardo BONILLA, *op. cit.*, pp. 179-181 y Claudio GONZÁLEZ RUCAVADO, *op. cit.*, p. 79.